

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO VIII.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

MURCIA 18 DE OCTUBRE DE 1896.

La correspondencia al director. Redacción y Administración: Apóstoles, 11, bajo. Número suelto 10 céntimos.

NÚM. 339.

La Juventud Literaria.

PALIQUE.



—Uno las ganas de trabajar.

—Pues según López esta temperatura es todavía muy benigna. Yo, acostumbrado al clima de Puente-Tocino, créame usted, me cuesta trabajo soportar este otro.

—Aquí, si no abundasen las pulmonías, y no se sintiera el frío, Murcia sería la gloria. El año pasado cayó en cama mi esposa de un fuerte constipado y de poco si le cuesta la vida.

—¿Qué lástima!...

—Lo que V. oye. Fué una lástima el no quedarme viudo, porque Clara tiene una lengua....

—Como la mía: de hacha.

—¿Como la de usted?

—Como la de mi esposa, quise decir, porque lo que es yo, soy mas bueno que el tocino de mi tierra. La semana pasada, porque se me olvidó dar á la labandera las rodilleras de la cocina, ¿qué creará V. que hizo?

—Pasárselas por la cara?

—No señor; tirarlas á la basura. Mi mujer es la mujer mas despilfarrada del mundo.

—La mía es todo lo contrario. Hace que le guarde los fósforos que uso, para despues hacer mariposas.

—¿Y que hace con ellas?

—Cuando hay muchas.... venderlas! Es una mujer tan económica, que el pan lo compra duro para que comamos menos.

—Pues lo que es yo, si no fuera por mis hijos, estaría batallando en Cuba, mas bien que con mi mujer.

—¿Y tiene V. muchos?

—Trece.

—¿Caracoles!

—Me parece que en catorce años....

—Si tragan de la misma manera que usted multiplica....!

—No crea V. que comen mucho. Con veintiseis libras de pan tenemos de sobra.

Una voz femenina interrumpe la conversación de estos señores.

—Quien será esa mujer que disputa con el portero?

—¿Oye usted?.... ¡Le llama perdido!...
—¿Qué ocurre, portero?—dijo D. Ciriaco Pelusilla.

—No es nada... Mi mujer que está de bromita.

—¡Ese es otro mártir del montón anónimo!—dijo el encargado del negociado, al oído de su compañero.

—¡Por vida dé...! ¡Mire V. que las mujeres son unas alhajas!...

—¡De primera, amigo mio, de primera!

—Dichoso López. Su mujer es de las pocas que se encuentran en el día.

—De todos nosotros, él es el más dichoso!

—Esas mujeres no debían morirse nunca.

—Yo daría todo lo del mundo, en tal de que mi esposa fuera como la de López.

—¡Caballeros, buenos días!

—Adios, López.

—Como se conoce que estamos en invierno.

—¿Por qué?

—Porque las sábanas se te han pegado esta mañana... ¿Y ahora que reparo, que es eso que tienes en la cara?

—Una bota.

—¡Una bota!

—La de mi esposa. Como hace tanto frío ha querido calentarme la cara.

—¡Dios mío,—exclamó D. Ciriaco Pelusilla—hasta la mujer de López ha resultado un demonio!

RAMON BLANCO.



A la bella y distinguida señorita ISABEL GIL.

Mucho me alegro, Isabel,
Que hoy comprendas mis pesares,
Que en el mundo van unidos
Cual los rios y los mares.

Busqué en el amor consuelo
Por cicatrizar mi herida,
Y fué peor el remedio
Que apliqué por medicina.

Sus palabras, sus promesas,
Su florida fantasía...
¡Todo es flor que nace hoy
Y que muere al otro día!

Yo te agradezco me mandes
Ese tan sincero adios,
Cómo tambien que á mis muertos
Apliques una oración.

Y por último recibe
Otro adios franco y sincero,
De quien su amistad te ofrece
Con estos humildes versos.

DOLORES S. BELMONTE.

Madrid, Octubre del 96.

Cosas del amor.

A mi buana amiga, Dolores García Viñolas.

Si notas defectos en estas canciones
Espero dispenses mi humilde cantar,
Pues solo es mi anhelo con estos renglones
Mi afecto sincero poderte mostrar.

No extrañes que empiece de aquesta mane-
Sabiendo que en verso sé poco escribir; (ra
Si en buenas endechas hacerlo pudiera,
Lo haría, pues sabes me gusta cumplir.

De prendas que encantan dotada te admi-
Tu gracia y belleza tambien es sin par, (ro,
Por este aseguro que más de un suspiro
Tus mil atractivos habrán de costar.

Feliz será el hombre que lance al mirarte
Dichoso y contento suspiros de amor,
Al ver los encantos que quiso otorgarte
Aquel que llamamos Supremo Hacedor.

Feliz quien mirando tus ojos divinos
Alguna mirada consiga obtener,
Y de esos tus lábios que son coralinos
Su dicha por ellos pudiera saber.

Mas ¡ay! por desdicha tambien desengaños
Doquiera miramos solemos hallar,
Y vemos cuan tristes transcurren los años
Si nunca en la vida podemos amar.

Hay seres que nunca sintieron amores,
Los cuales ignoran que exista el amor;
Para estos los años transcurren mejores,
Y pasan la vida bastante mejor.

Yo sé que tu alma, preciosa Dolores,
No supo en la vida cariño fingir,
Pues és de las muchas que sienten amores
Y llevan pacientes su eterno sufrir.

Mas darte un consejo por fin hoy quisiera
Por solo probarte mi fiel amistad:
Que sigas amando de aquesta manera,
Pues odio las cosas que no son verdad.

Verás de este modo que hermosa es la vida
Teniendo, Dolores, de amar el afán,
Tu dicha al instante verás pues cumplida,
Cual hoy te desea,

MIGUEL VILAR JUAN.

Yo la quise con toda el alma mía;
cómo tambien la quiero;
mas llegó á despreciar mi gran cariño,
y hoy no guardo, ¡lo sé! ni su recuerdo.

Solos, solos los dos, nunca lo olvido;
en mi sufrido pecho,
recostó blandamente su cabeza
dirigiendo miradas hácia el cielo.

—¡Cuanto te adoro!, dijo, y con sus manos,
cuyo contacto aun siento,
despues de dirigirme una mirada
las cruzó enamorada por mi cuello.

—Y con ansia febril, con afán loco,
repitió un juramento,
el cual, yo lo creí, ¡tanto la amaba...!
y unidos nuestros lábios sonó un beso....

La pasión, frenesí, á tan cruel locura
vencí en aquel momento,
recordando una historia que es muy triste,
¡y el pensar que un día ella.... me dió miedo!

Hoy, en vez de apreciarme más que nunca
me mira con recelo,
y al pasar por su lado, á sus amigas,
les dice:—¡No mirarle, que es un necio!

MR. TORPIN.

Yecla, Octubre del 96.



EL LIRIO BLANCO

Paseando una tarde
por el valle cercano
donde brillan las rojas amapolas
con manchas de sangre en su sudario.

En la adornada margen
de un arroyuelo manso,
entre una multitud de florecillas,
atrajo mi atención un lirio blanco.

Sobre el erguido tronco
desmayados los pétalos
yace, sin olor y sin frescura,
como un copo de lana blando y laxo.

Al juzgar por las señas;
del sol los vivos rayos
cerniéndose sobre él, en sus rigores
lo hubieron de dejar en tal estado.

Mirélo compasivo
llevando hasta él la mano,
y luego á luego pensativo y triste
de él y pensando en él me fui alejando.

Todo es así—decíame—
en este mundo vario
las dichas, los amores, las bellezas,
tienen con la vida del relámpago.

Sorprendiome la noche
de andar al poco rato,
y eché pasos atras cuando la luna
aparecía en el azul espacio.

De la hermosa Diana
los argentados rayos
cerníanse sobre las bellas flores,
y jaspeábanlas de puntos blancos.

Al pasar nuevamente
del lirio por el lado,
¿cuánta sería mi sorpresa al verle
alzarse hermoso sobre el verde tallo?

Lo observé detenido,
y averigué del caso,
que el bienhechor rocío de la noche
le había devuelto sus encantos.

